El Cuerpo y la Sangre de Cristo C/2007

En una sociedad de abundancia como la nuestra, pan o agua no es un trato grande. El problema quizás sería elegir entre la variedad de comida y bebidas ofrecidas en nuestro mercado cual sería más beneficioso a nuestro cuerpo. Para el pobre, sin embargo, un pedazo de pan es más que el sustento; esto es una materia de vida o muerte; es todo sobre supervivencia.

Todas las lecturas de este domingo acerca más el eslabón entre la Eucaristía y vida, entre el pan que es Cristo y el pan que alimenta el cuerpo. La primera lectura recuerda el encuentro entre Abraham y Melquisedec, el rey de Salem y un sacerdote del Dios Altísimo. En aquel tiempo cuando Abraham volvió de la batalla, Melquisedec lo encontró y ofreció el pan y el vino a Dios en la acción de gracias para la victoria de Abraham sobre sus enemigos. Después haber bendecido a Abraham, éste dio a Melquisedec una décima parte de todo lo que gano en la batalla.

El primer significado del nombre de Melquisedec es “el rey justo” y, porque él era el rey de Salem, que quiere decir paz, su nombre también significa “el rey de la paz”. Nada se sabe de su padre ni de su madre ni de sus antepasados, ni tampoco se habla de su nacimiento ni de su muerte; y así, a semejanza de Hijo de Dios, es sacerdote par siempre (hebreos 7, 1-3). A causa de su origen misterioso y la particularidad de su clero, Melquisedec es visto como la prefiguración de Cristo, y de los sacerdotes de la nueva Alianza que ofrecen el pan y el vino en el altar en la obediencia a la recomendación de Cristo.

Como San Pablo dice en la segunda lectura, la Eucaristía es la conmemoración de la última cena que Jesús tuvo con sus discípulos. Esto es perpetua desde del el tiempo del sacrificio de la cruz por la cual Jesús dejó su vida para nuestra salvación. De hecho, “El señor Jesús, la noche que iba a ser entregado, tomó pan en sus manos y pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo “Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo; “Este cáliz es la nueva Alianza que se sea con mi sangre. Hagan esto in memoria mía siempre que beban de el”.

Después haber dado el pan y la copa de vino a sus discípulos, Jesús no dijo, “este es mi pan y mi vino”, pero mejor dicho “Este es mi cuerpo”… ”Esta es mi sangre”. En esta perspectiva, el pan y el vino Eucarístico que recibimos en el altar son el sacrificio no sangriento de la inmolación de nuestro señor Jesucristo que hizo una vez y por todos en la cruz. Su cuerpo y sangre, presente en el altar bajo los signos del pan y vino, significan la total inmolación de su vida por la salvación del mundo. Por eso como San Pablo dijo, “cada vez que ustedes comen de este pan y beben de este cáliz, proclaman la muerte del Señor, hasta que vuelva”.

Cuando el pan y el vino son consagrados durante la celebración de la Santa Eucaristía, ellos se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo. Cada vez que el pan y el vino son consagrados por un sacerdote ordenado, según la orden de sacerdote Melquisedec y con las palabras Jesús tuvo la intención de ser usado, ellos son transformados por el poder del Espíritu Santo en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Porque Cristo es “el mismo hoy, y él de ayer y será el de mañana”, se da él mismo en la Eucaristía continuamente a través del tiempo y perpetuamente alcanzara a todas las generaciones. Siempre que y dondequiera que la Eucaristía sea celebrada en la conmemoración de Jesús, Cristo ofrece su cuerpo y sangre a fin de dar la vida al mundo, como él lo hizo hace dos mil años.

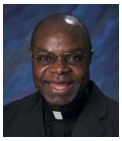
Todo esto puede ayudarnos a entender otro aspecto de la Eucaristía que encontramos en el Evangelio de hoy. De hecho, refiriéndose, en este banquete del cuerpo de Cristo, al milagro de la multiplicación de cinco panes y dos pescados Jesús alimentó cinco mil personas, y Lucas quiere decirnos que en la Eucaristía nosotros somos alimentados por el Señor que nos da su cuerpo y sangre como el alimento. En la Eucaristía, el Señor Jesús nos alimenta, nos refuerza y restaura nuestra energía de modo que sigamos entrando en nuestra peregrinación en la tierra. El hambre física necesita el alimento físico, pero el hambre espiritual tiene que estar satisfecha sólo por el pan que viene de la mano del Hijo de Dios.

Describiendo la escena de la multiplicación del pan con las palabras que usamos para la consagración de la Eucaristía, Lucas coloca la Eucaristía en el centro de la vida cristiana. De hecho, en nuestro camino por el desierto de vida, estamos en la necesidad. El Señor está allí presente; él viene con su cuidado y amor, alimentándonos por “el pan de vida y la copa de la salvación eterna”.

Comer y beber en la mesa de la Eucaristía es recibir a Cristo, y estar unido con él. Pero como el amor de Dios es inseparable del amor de nuestros hermanos, esto significa que nosotros no podemos estar unidos con Jesús sin estar en comunión los demás. Por eso el banquete del cuerpo y la sangre de Cristo nos recuerda la importancia de la comunidad. Nosotros no podemos comer en la misma mesa, y al mismo tiempo manteniendo una división, rencores y odio el uno con el otro. Además está del pan compartido juntos que aparece nuestra unidad. ¿Como el discípulo de Jesús, qué hace usted para aumentar la unidad de nuestra comunidad en la parroquia?

¿Si el Señor nos alimenta como estamos en su mesa, cómo podemos recibir la Eucaristía sin pensar en el pobre y el necesitado quiénes no tienen ningún pan material? Esta pregunta es importante de que nace el hecho que Jesús multiplicó el pan para alimentar a la gente era lo que algunos entre la muchedumbre le trajeron. En otras palabras, la Eucaristía nos obliga a la solidaridad, compartir con aquellos que no tienen nada.

Finalmente, recordemos esto, aunque nuestra sociedad sea una sociedad de abundancia, hay mucha hambre y sed de amistad, amor, perdón, entendimiento, respeto, etc. Donde sufrimos la ausencia, Jesús quiere estar presente por nosotros con todo lo que lo concierne a un amigo para un amigo. Él quiere compartir con nosotros su vida. Él quiere reforzarnos. Él quiere decir nos algo a ti y mí. ¿Quisiera hacer posible tu comunión con él y abrirle tu corazón? Que Dios los bendiga a todos. Amen



Fecha de Sermón: Junio 10, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070610homilia.pdf